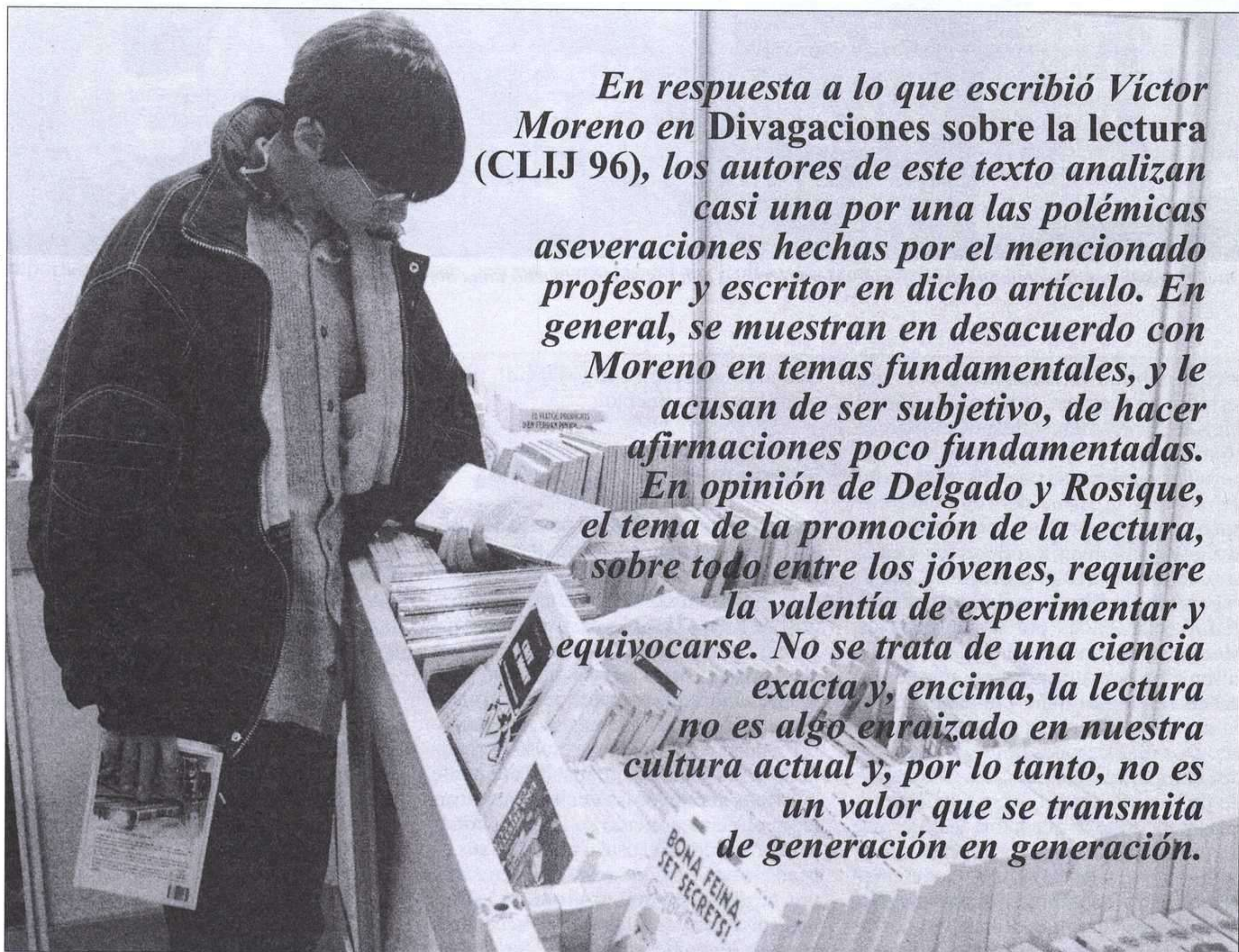


Más «divagaciones» sobre la lectura

por **Alejandro Delgado Gómez** y **Mariano Rosique Ros***



En respuesta a lo que escribió Víctor Moreno en Divagaciones sobre la lectura (CLIJ 96), los autores de este texto analizan casi una por una las polémicas aseveraciones hechas por el mencionado profesor y escritor en dicho artículo. En general, se muestran en desacuerdo con Moreno en temas fundamentales, y le acusan de ser subjetivo, de hacer afirmaciones poco fundamentadas. En opinión de Delgado y Rosique, el tema de la promoción de la lectura, sobre todo entre los jóvenes, requiere la valentía de experimentar y equivocarse. No se trata de una ciencia exacta y, encima, la lectura no es algo arraigado en nuestra cultura actual y, por lo tanto, no es un valor que se transmita de generación en generación.

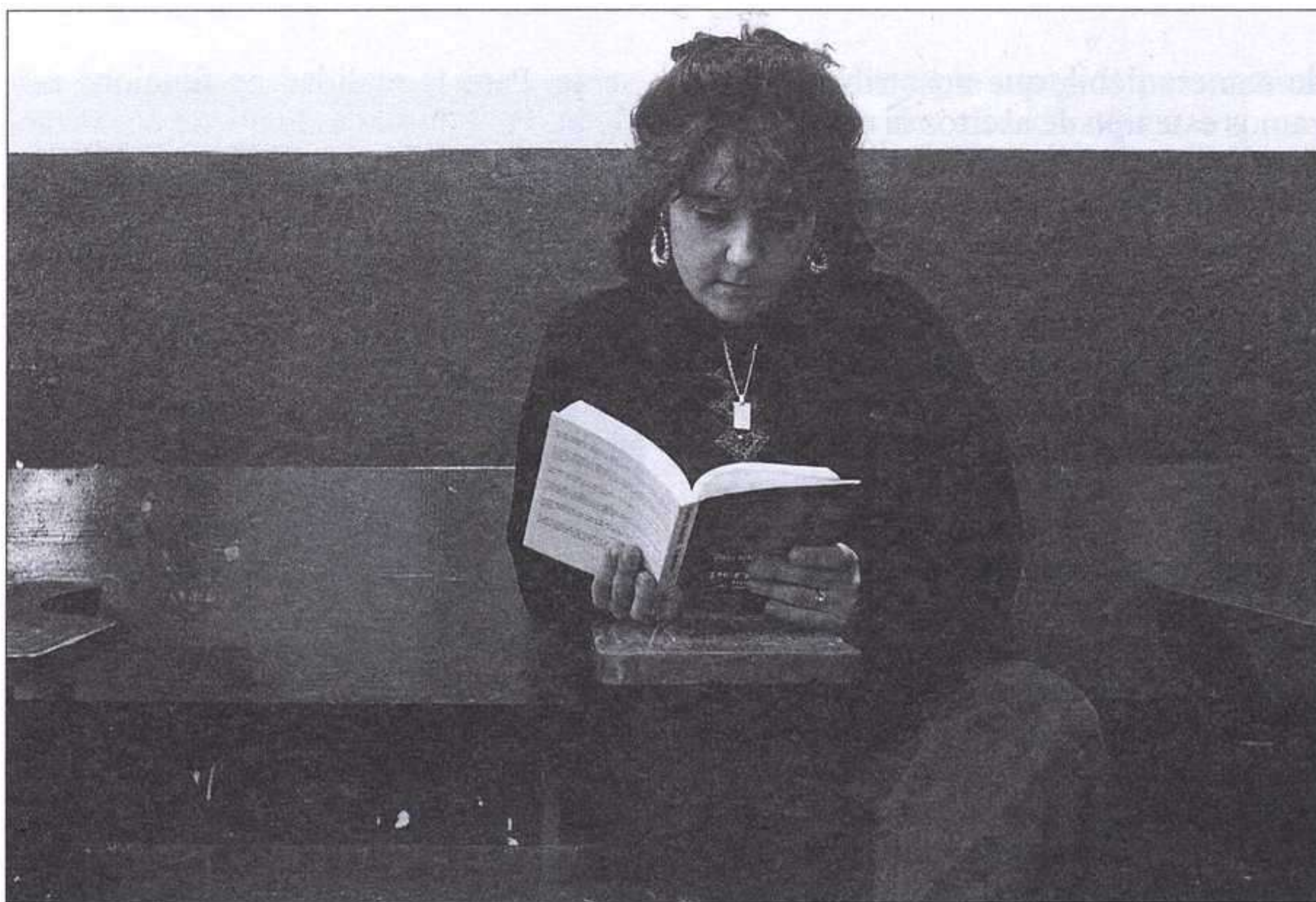
ANA PEYRÍ.

En *CLIJ* 96, correspondiente al pasado mes de julio-agosto, aparece publicado el artículo *Divagaciones sobre la lectura*, de Víctor Moreno. Aunque lo hemos leído y releído con suma atención, nos resulta prácticamente imposible decidir cuál es el asunto que trata el citado artículo. Pero, si se analiza en sus partes componentes, pueden extraerse cierto número de conclusiones con cuyo contenido, en lo fundamental, no estamos de acuerdo.

Nos gustaría, en primer lugar, justificar el método de redacción del presente texto, si es que existe. Como dijimos, no hemos sido capaces de decidir acerca de la línea de argumentación del artículo del señor Moreno. Antes al contrario, tenemos la sensación de que su texto ha sido elaborado a partir de fragmentos no siempre suficientemente conexos ni coherentes —resulta divertido, dicho sea entre paréntesis, el hecho de que nuestro autor, después de despotricar contra muy diversos tipos de mística, recurra a Martin Heidegger, maestro de la estrategia de dominación sobre bases místicas, en el capítulo dedicado a las dificultades del pensar—, que nos obligan a realizar nuestra crítica también de modo fragmentario. Y no tenemos nada contra el fragmento: creemos que es el género literario por excelencia de nuestro difícil siglo y nosotros mismos lo hemos utilizado en más de una ocasión. Sólo que tenemos serios reparos a la hora de considerarlo el método ideal de intercambio de ideas, con pretensión de verdad, en un contexto intersubjetivo.

Precisamente esta es la segunda limitación que el artículo de Moreno nos impone: cuando uno hace poesía, puede permitirse la libertad de ser subjetivo. Pero cuando expone ideas con la presunta finalidad de que sean compartidas, discutidas, sometidas a revisión, debe, como deferencia para con su invisible interlocutor, mostrar la mayor objetividad posible. El texto de Víctor Moreno abunda en afirmaciones no fundamentadas y que, por tanto, no se pueden rebatir, salvo que uno se instale también en la subjetividad, posición a la que nos hemos visto forzados.

Por tanto, el presente texto es tan fragmentario y subjetivo como el del señor Moreno. Deseamos que se nos disculpen



tales incorrecciones metodológicas, provocadas por el objeto del discurso, toda vez que hemos intentado mantenerlas dentro de los límites de lo inteligible.

La lectura no es una ciencia exacta

El autor comienza su artículo aludiendo a una cita de Sir Richard Attenborough acerca de la lectura. Nuestro autor descontextualiza dicha cita e ironiza sobre la misma, lo cual resulta por cierto muy divertido, pero falaz en dos sentidos. En primer lugar, existen determinados criterios, procedentes de la pedagogía, la psicología, la historia de la cultura, la crítica literaria, etc., que definen, hasta cierto punto, en qué consiste la lectura. Insistimos, sólo hasta cierto punto. Son, desde luego, criterios a tener en cuenta, pero carecen del valor axiomático que puedan tener la ley de la gravedad o el teorema de Gödel. La lectura puede ser una práctica colectiva susceptible de generar opinión. Sin embargo, se trata ante todo de un interés y de una práctica individuales. Por tanto, cada cual es dueño de considerarla como mejor le plazca, de igual modo que cada cual es dueño de creer o no creer en Dios, de tener una concreta orientación sexual o de disfrutar de su comida favorita. Todas estas prácticas y creencias

individuales son susceptibles de expresarse públicamente, pero carecen de valor público. Es decir, nadie tiene la obligación de compartirlas y nadie tiene el derecho a ejercer pontificado a partir de ellas. Si alguna, tal la de Richard Attenborough, mueve a la reflexión de terceros, incluso en dirección contraria, habrá cumplido su cometido de manera más que suficiente.

En segundo lugar, el lenguaje natural tiene un valor denotativo y otro valor connotativo. Si decimos $E=mc^2$, no cabe atribuir a dicha proposición una gran capacidad de connotación. Pero si decimos: «Hay que leer para saber que no estamos solos», debemos ser capaces de encontrar algo más que el simple enunciado, en un orden correcto, de nueve palabras y treinta y seis letras. Esto significa, en definitiva, que el lenguaje natural tiene implicaciones que van más allá de su enunciación y que, por tanto, es susceptible de interpretación.

Los adolescentes agradecen lo que vale la pena

Nos resulta francamente difícil rebatir las afirmaciones del Señor Moreno sobre los argumentos que el adulto da al adolescente para incitarlo a la lectura. Tan sólo podemos contrargumentar, bien que

de manera débil, que nosotros no utilizamos este tipo de asertos ni conocemos a nadie que lo haga.

El señor Moreno parece empeñado en demostrar que el adulto, de todo tipo, condición y nivel, es un sujeto fundamentalmente obsesionado por conseguir que los miembros de generaciones posteriores a la suya lean. Pero el autor olvida que toda cultura somete a sus neófitos a un proceso de endoculturización, es decir, de asimilación de los valores culturales tradicionales. Una cultura que tradicionalmente no considera la lectura como un bien estimable, sencillamente no la transmitirá a los jóvenes. Este es, a nuestro modo de ver, el verdadero problema: una sociedad no lectora ha degenerado en una sociedad aún menos lectora. Por mucho que el señor Moreno se esfuerce en mostrar lo contrario, nadie anima, ni siquiera fuerza, al adolescente a que lea, más allá de los textos de lectura obligatoria en clase.

La displicencia lectora del adolescente no se debe, como afirma Moreno, a ningún tipo de sabiduría de raíz ancestral (este tipo de sabiduría se llama instinto y es propio de los animales; la sabiduría humana es conocimiento adquirido), sino al hecho de que nuestra cultura prima otro tipo de intereses y de productos culturales. No hay conflicto generacional en ello, sino sutil penetración de los valores del adulto, más artero por más viejo, en el joven.

La lectura no es un atentado a la vida

Por una sola vez estamos de acuerdo con el señor Moreno: la lectura es un acto de violencia. Pero los motivos por los que creemos esto difieren de los aducidos por nuestro autor. Según él, la lectura es violenta porque implica la privación de otros bienes, privación de la que esperamos obtener posteriormente algún fruto. De semejante argumentación cabe deducir que la lectura es irracional, puesto que se opone a la vida. Naturalmente, cualquier persona que, al modo quijotesco, haga de la lectura el objeto exclusivo de su vida, está psíquicamente enferma. De igual modo que lo está quien convierte la comida, la heroína, o la visión de su amada, en pasión exclu-

yente. Pero la realidad no funciona así. Decía Popper que todo puede encauzarse dentro de los límites de la racionalidad. El ser humano se caracteriza precisamente por esta capacidad para hacer uso de la razón, y si en algún momento pierde dicha capacidad, nuestra cultura le considera enfermo.

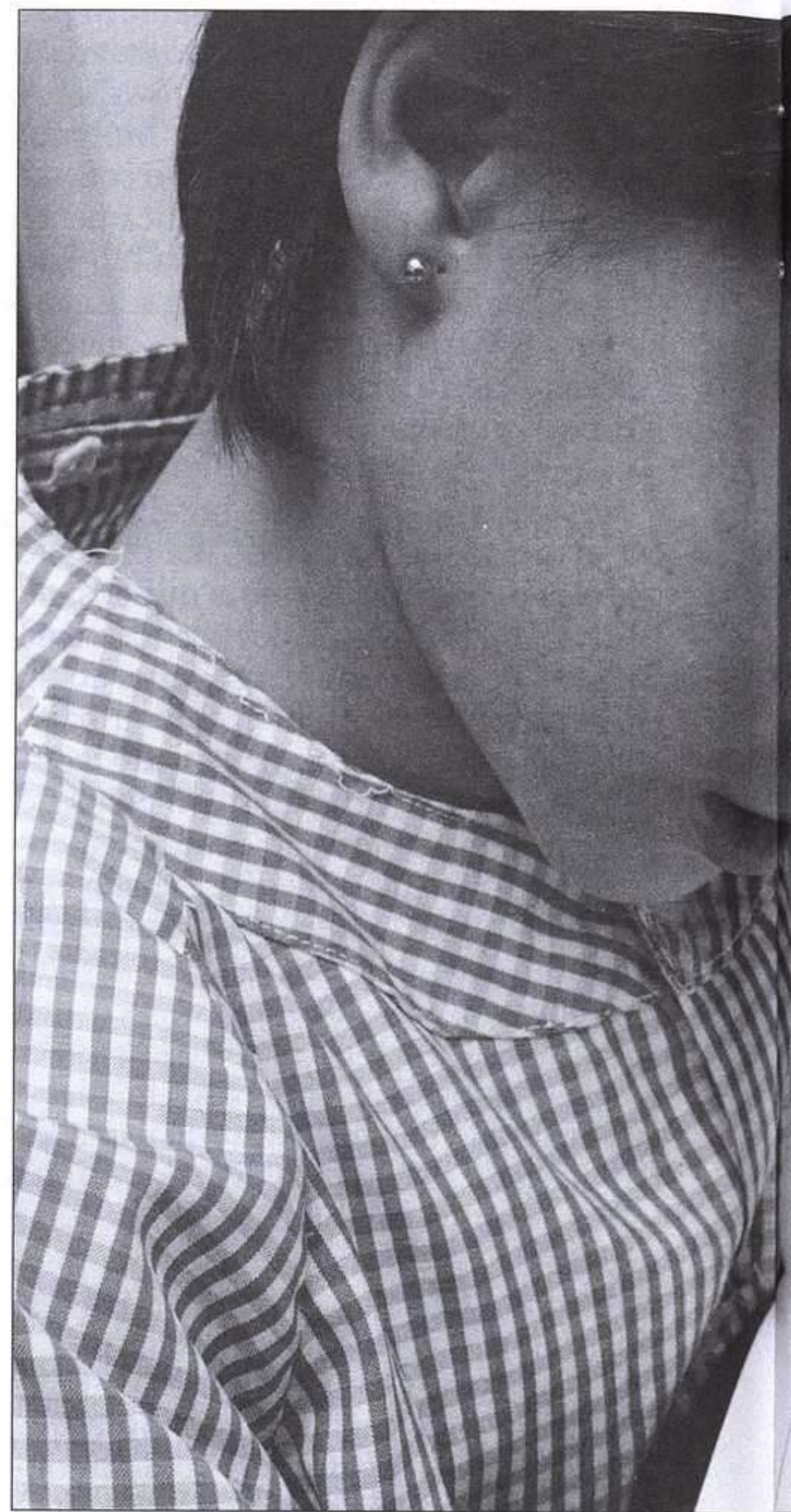
En el caso que nos ocupa, actuar de manera racional consiste en organizar el tiempo de manera que uno pueda leer, si ese es su deseo, pero también pueda ver la televisión, tomar una copa con los amigos o hacer el amor. A nosotros, este procedimiento nos resulta bastante funcional, no nos sentimos nada reprimidos, a pesar de que leemos mucho e, incluso, podemos enfrentarnos con razonable eficacia a los vaivenes cotidianos de la vida.

Pero hablábamos de la violencia del acto de leer. A nuestro juicio, dicha violencia deriva simplemente del carácter simbólico del lenguaje escrito, que obliga a un esfuerzo intelectual de decodificación no siempre cómodo, en especial desde que los medios de comunicación nos han habituado a un lenguaje icónico despojado de su valor simbólico y, por tanto, fácilmente asimilable, aunque también fácilmente desechable. Sin embargo, este es un asunto que aquí dejaremos simplemente esbozado, puesto que nos interesaría tratarlo algo más adelante.

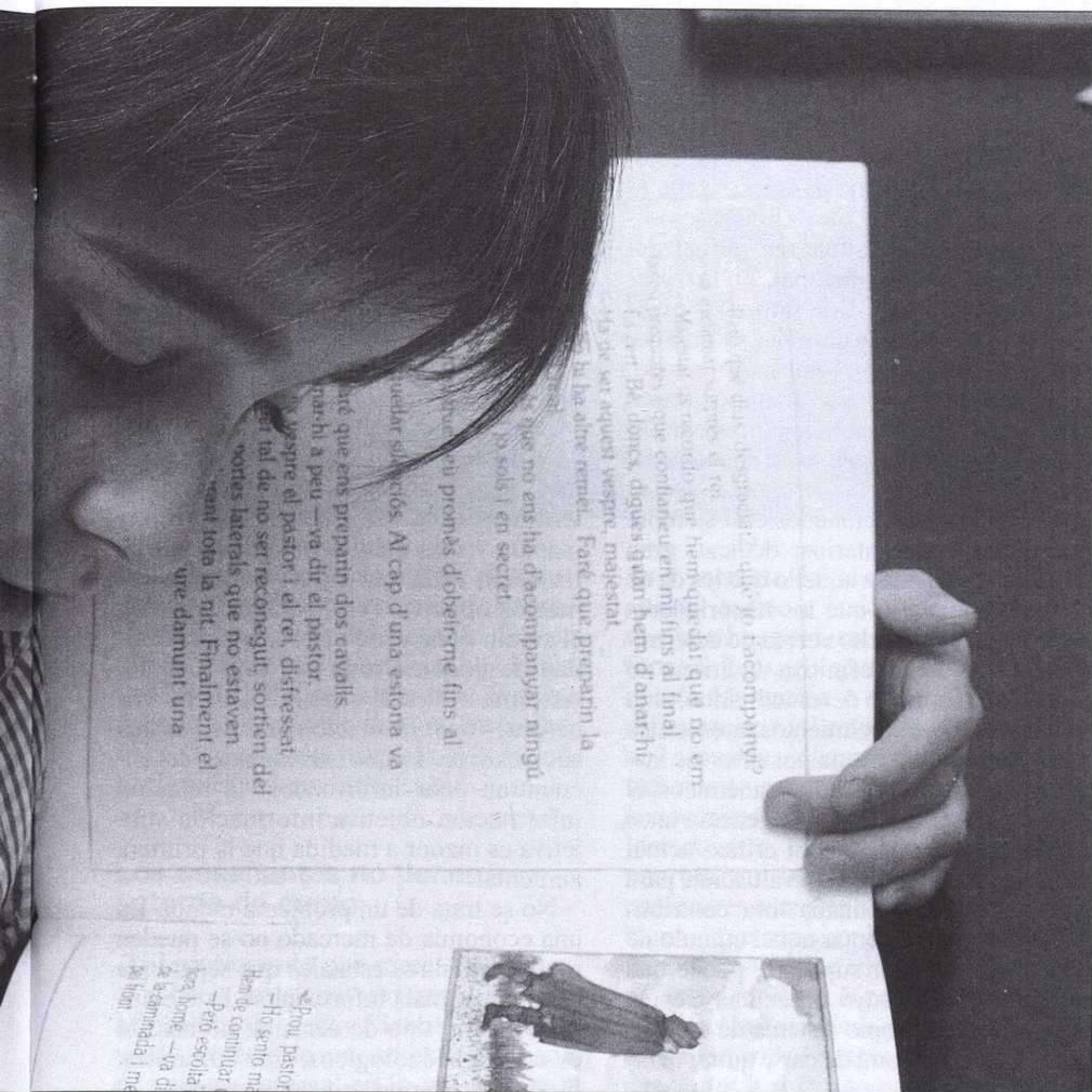
El paraíso perdido

Víctor Moreno parece no sentir demasiada estima por los autores que, a través de la obra, manifiestan añoranza por su infancia perdida. La siguiente afirmación resulta tan obvia que quizá nos avergüenza un poco expresarla: la literatura es un acto individual; por tanto, cada cual escribe acerca de lo que quiere, siempre que encuentre un editor dispuesto a publicarlo.

Pero no es de ello de lo que queríamos hablar, sino de dos motivos, a nuestro juicio reales, por los que se escribe acerca de la infancia: un motivo legítimo y otro no tanto. En primer lugar, la cultura occidental ha jugado de manera recurrente, y según los períodos, con el tema del paraíso perdido como lugar de salvación. Si durante el Siglo de las Luces el mito del



buen salvaje preconizaba un regreso colectivo a los orígenes y el Romanticismo hacía otro tanto con respecto a la falsa idea de que la civilización griega alcanzó su esplendor gracias a la armonía de bien, verdad y belleza; nuestro fin de siglo, hijo de varias revoluciones fallidas, dos guerras mundiales, conflictos localizados, un proceso de tecnificación inquietante, etc., ya no cree en las soluciones colectivas. Nos parece recordar que fue Luis Buñuel quien dijo algo así como «si existe alguna posibilidad de salvación, es para el individuo, no para la sociedad». En tales circunstancias, ¿tiene algo de censurable el hecho de que algunas personas busquen esta salvación individual en el paraíso burgués de la infancia?



ANA PEYRÍ

El segundo motivo, menos legítimo, al que aludíamos, estriba en la avalancha de libros estereotipados para jóvenes que el mercado editorial publica sobre la base, casi siempre falsa, de que hay géneros de venta segura, si no entre los adolescentes, sí al menos entre sus educadores. La *bildungsroman* es uno de estos géneros, y la infancia, su territorio natural. Si es este segundo motivo el que el señor Moreno critica en su artículo, no tenemos el menor reparo en ponernos decididamente de su parte, en la medida en que se enmascara un valor económico tras un presunto valor cultural. Sospechamos, sin embargo, que no es el caso.

Similar discusión podríamos aplicar al capítulo dedicado a las bibliotecas de los

abuelos, simpática *boutade* que no va mucho más allá. Aunque nosotros mismos nos aficionamos a la lectura durante una penosa enfermedad infantil que nos mantuvo encerrados en la biblioteca familiar, no tenemos empacho en reconocer que los caminos que llevan al libro son, en efecto, infinitos.

La lectura no es una mística

A Víctor Moreno le disgustan las defensas «literarias» de la literatura. Ciertamente, lo que se le exige a un texto teórico no es belleza, sino claridad, aporte de nuevas ideas, objetividad, etc. Si, además, el texto es bello, tanto mejor; si no

lo es, nadie tiene motivos para criticar su carencia de calidad estética.

Pero, si reducimos nuestra visión de las defensas escritas de la literatura únicamente a aquellas que poseen valor científico, pasaremos por alto la existencia de un género, el ensayo, al que no se le exige cualidad de ciencia, pero sí cualidad estética. Es decir, el ensayo se caracteriza por tratar asuntos objetivos de modo meramente opinable, y por tratarlos con cierta belleza. En otro lugar hemos hablado de la necesidad de intelectuales activos, en sentido habermasiano, que nuestro fin de siglo parece manifestar. El ensayo sería el territorio propio de tal modelo de intelectual. Sin él, ni el señor Moreno ni nosotros podríamos expresar con comodidad nuestras respectivas opiniones. E insistimos en el término «opinión», es decir, ausencia de verdad en términos objetivos.

Preferimos, por cierto, este término, que, por cotidiano, escapa con habilidad al peligro de misticismo que el señor Moreno advierte en determinados textos que defienden la lectura como una «tarea de héroes». Se trata de una estrategia de dominación documentada, por lo que nosotros sabemos, desde el *Eclesiastés*, y que alcanza la que quizá sea su más alta manifestación en el discurso del inquisidor de *Los hermanos Karamazov*. En filigrana, una estrategia tal vendría a decir: yo sé algo que tú no sabes y que, además, no puedes saber, porque está al alcance de muy pocos afortunados. Para poder ser como yo, los dioses tendrían que haberte convertido en uno de sus elegidos. Pero no lo han hecho. Por tanto, sigue siendo un tonto feliz y obedece mis instrucciones, puesto que éstas proceden de una divinidad de la que tú nunca tendrás noticia directa.

La estrategia funcionó durante siglos, hasta que alguien advirtió la falacia que escondía: si yo no puedo conocer esa fuente de sabiduría que está a tu alcance, ¿cómo sé que realmente está a tu alcance, que toda tu historia no es una mentira?

En una determinada cultura, y de manera concreta en la cultura occidental tardo-moderna, todo lo que no es susceptible de confrontación intersubjetiva no vale, más allá de los límites de la mística individual o de lo simplemente opinable y, en consecuencia, no puede utili-

zarse, con pretensión de verdad, en una discusión que afecta a todo un colectivo.

Tanto más en el caso de la lectura, instrumento progresivamente democratizador a lo largo de los siglos. El libro, como soporte material, y la competencia lectora del individuo, como soporte intelectual, han mejorado en el devenir de la historia moderna. Cuestión distinta es la de determinar si ciertos factores, de raíz social o psicológica, han permitido que aquella competencia se transforme en actuación. O, para decirlo con mayor claridad, la posibilidad de leer existe para todos. Si esta posibilidad se hace o no real, depende de circunstancias extraliterarias cuya resolución compete a más altas instancias.

Los críticos no son perversos

Tradicionalmente ha existido, entre los profesionales de la cultura, una cierta prevención, cuando no desprecio, contra los críticos, basada en el popular aserto «sobre gustos nada hay escrito». Naturalmente, nada hay escrito sobre, por ejemplo, preferencias amorosas o culinarias, es decir, sobre cuestiones estrictamente privadas. Sin embargo, acerca de asuntos que afectan a toda una sociedad, como el arte o la literatura, se ha escrito mucho, desde *El banquete* de Platón hasta la *Obra de los pasajes* de Walter Benjamin. Y continúa haciéndose.

En su artículo, Moreno arremete al menos en tres ocasiones contra los críticos. En dos de ellas, nuestro autor regresa a la *boutade* no fundamentada, de manera que nada podemos argumentar, salvo que desconocemos la existencia de sujetos tan pedantes como para hablar indiscriminadamente de libros imprescindibles o de la mala situación global del panorama literario nacional. En la tercera, plantea una cuestión de mayor interés, en la que nos gustaría hacer un alto.

Pero vayamos por partes. Ante todo, creemos que los críticos literarios merecen una defensa: el ejercicio de su profesión no surge de la nada. Bien al contrario, los críticos poseen unos conocimientos especializados, sancionados casi siempre por títulos universitarios; dedican gran parte de su jornada a aquello que les da de comer, conocen lo que los historiadores de la cultura han dicho acerca de determinadas obras... En definitiva, la crítica no es nunca el capricho de un individuo, sino un cúmulo de conocimientos, atesorados en el curso de la historia por diversas instancias (literatos, eruditos, académicos, el propio gusto popular...), que generan unos criterios de evaluación. El crítico actual utiliza tales criterios de evaluación para enjuiciar una determinada obra, contribuyendo así a incrementar aquel cúmulo de conocimientos. Por supuesto, puede que se equivoque: lo suyo no es una ciencia exacta. Pero el propio sistema de conocimientos se encargará de dar y quitar la ra-

zón, en base, no a nuevos caprichos individuales, sino a ese conjunto organizado de saberes que, lejos de constituir un todo cerrado, se define como *perpetuum mobile*. El crítico, por tanto, no es meramente un individuo, sino un componente de la crítica, entendida como sistema.

Por otra parte, Moreno plantea con acierto el problema del exceso de información en nuestra cultura tardo-moderna. Es una pena que inmediatamente se enrede en una demagógica discusión acerca de los límites de la libertad de mercado.

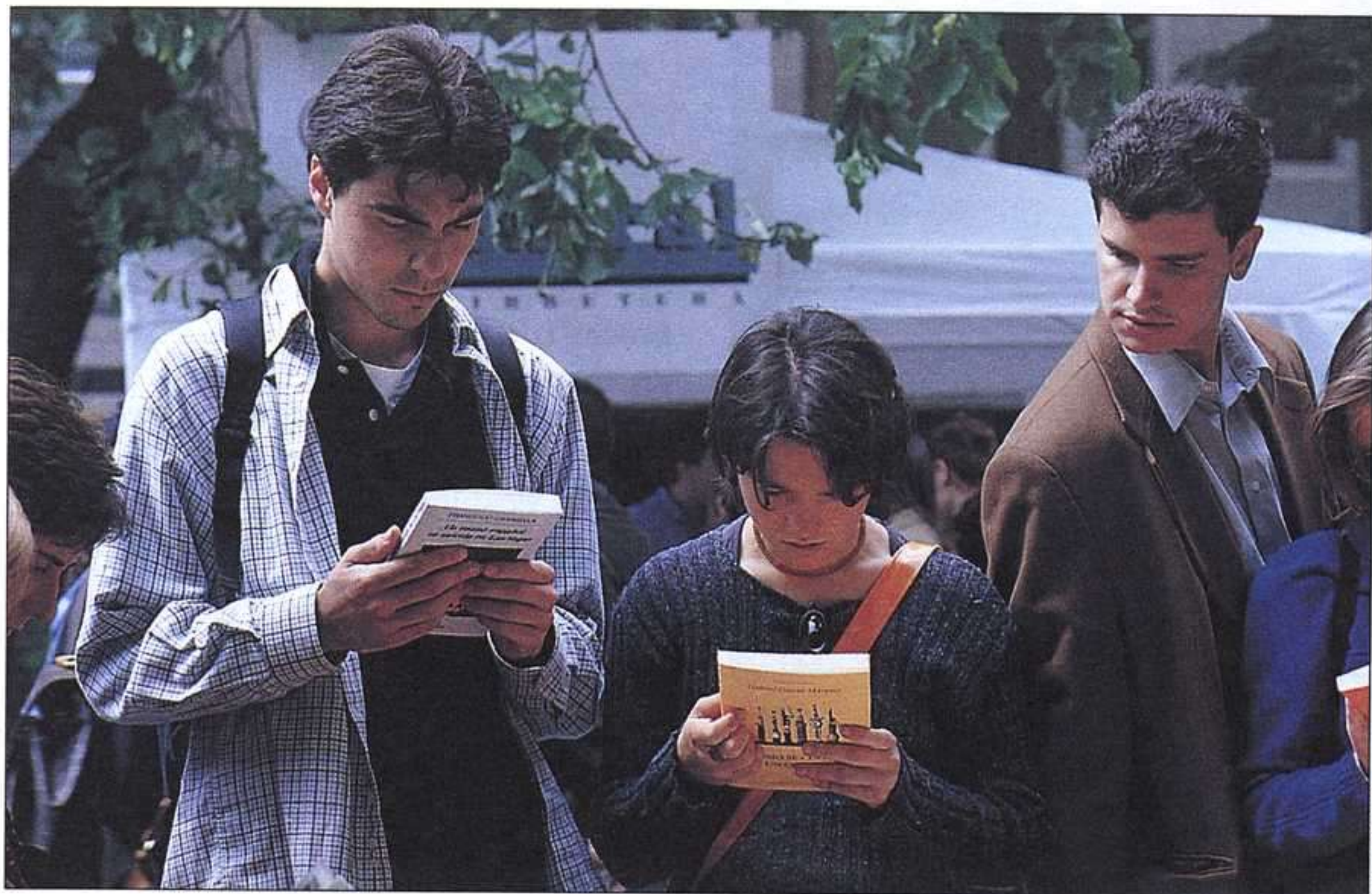
El problema, ciertamente, no es nuevo. Ya a principios de siglo Georg Simmel lo expresaba más o menos en estos términos: cada vez poseemos más información y más medios para conseguirla. Es decir, cada vez existe mayor información objetiva. Pero, paradójicamente, el sujeto tiene cada vez menos posibilidad de adquirir toda esa información. Así, una sociedad capaz de generar excedentes de información también es una sociedad en la que sus sujetos se encuentran peor informados: la relación información objetiva/información subjetiva es menor a medida que la primera aumenta.

No se trata de un problema menor. En una economía de mercado no se pueden establecer filtros estatales que separen la buena de la mala información. Esto equivaldría a un tipo de censura, no basado en criterios ideológicos, sino culturales. Debemos aceptar, en consecuencia, el hecho de que cada cual es libre de utilizar la información que considere oportuna, si ésta se encuentra disponible. Sin embargo, una tal libertad de decisión no puede conducirnos a olvidar el hecho de que, a pesar de todo, existe una buena y una mala información. Es buena aquella información que despierta la capacidad crítica y la capacidad decodificadora del receptor. Es mala aquella información que adormece dichas capacidades. Como agravante, cualquier sujeto opta, en ausencia de presión, por la vía de menor resistencia.

Desconocemos la solución a este conflicto entre libertad de mercado y defensa de la crítica cultural. En el caso de los adolescentes, objeto de la presente discusión, quizá el intelectual, en el sentido que más arriba mencionábamos, pueda



ANA PEYRI.



decir algo. Sospechamos, no obstante, que se trataría de una pobre defensa, frente a las fuerzas del mercado. En este punto, diríase que nuestra cultura ha llegado a vía muerta. La cuestión de cómo salir de ella sería sin duda un fascinante tema de discusión y debate, que excede los límites del presente texto.

Los enseñantes no tienen patente de corso

El profesorado que carece de motivación hacia su asignatura tampoco escapa a la crítica del señor Moreno. En cierto modo, se trata de una crítica justificada, de manera especial en lo que hace a la educación secundaria o el bachillerato. Pero, puesto que conocemos profesores altamente implicados en una correcta formación de sus alumnos, no podemos dejar de hacer alguna precisión a la mencionada crítica.

El problema, a nuestro juicio, no reside tanto en la motivación, o falta de ella, del profesorado, cuanto en los errores de nuestro sistema educativo, desde su misma base: el diseño curricular o los planes de estudio. A un profesor, de BUP, de ESO o de lo que quiera que sea, no se le exige que motive a sus alumnos, sino simplemente que consiga de éstos la adquisición de una serie de conocimientos (a veces disparatados) que les permitan pasar al curso siguiente.

En este apartado de su artículo, Moreno propone el tratamiento individualiza-

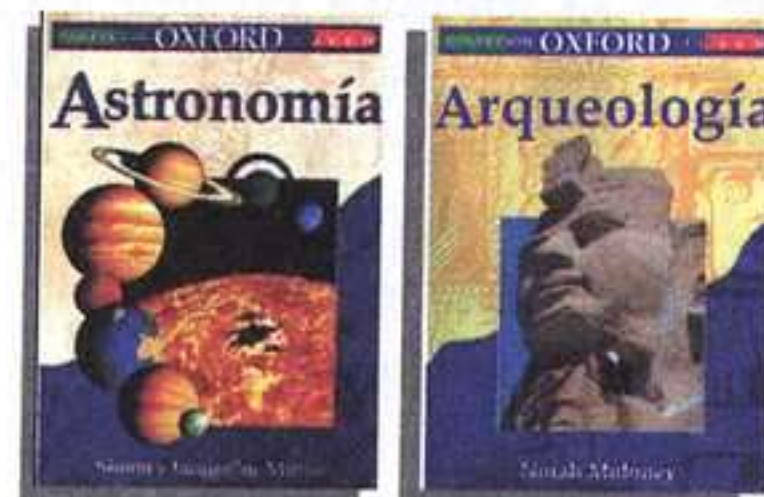
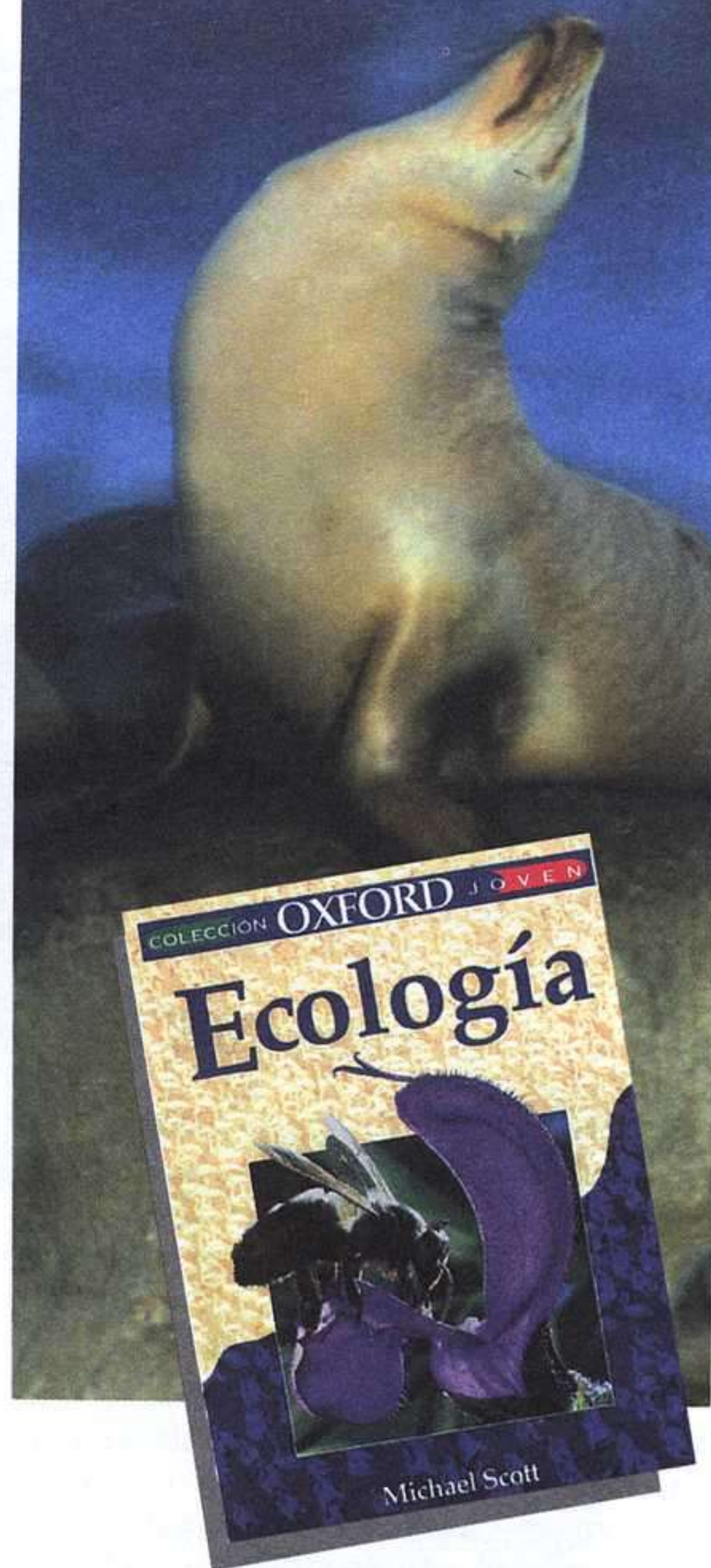
do y paciente del alumno, con el fin de animar a éste a la lectura. Nos consta que muchos profesores realizan este esfuerzo. Pero, ¿disponen los centros de enseñanza media o secundaria de medios para que tal esfuerzo resulte efectivo? Más aún, ¿dispone el profesorado de suficientes medios, y motivación, para conocer los autores, la música, el cine, la idea de ocio, el lenguaje que sus alumnos utilizan? El problema no son los profesores carentes de interés por su trabajo —que son simplemente malos profesionales—, sino el decidir hasta qué punto un profesor, hipotecado por las directrices burocráticas y por su posición de superioridad respecto al alumno, se encuentra legitimado para animar a éste a la lectura, en condiciones de igualdad.

Existe, entre el profesorado, el viejo prejuicio de considerarse los únicos interlocutores en condiciones para hablar del asunto de la animación lectora. A nuestro modo de ver, sin embargo, no estaría de más que los enseñantes barrieran la casa antes de dar lecciones sobre el tema.

No se puede pensar en el vacío

Víctor Moreno estima que el hecho de leer carece de mérito. Estamos de acuerdo. Como muy acertadamente apostilla, el mérito estriba en descubrir lo que los libros esconden. Pero somos de la opinión de que éste es un descubrimiento que no se lleva a cabo de manera indivi-

¿Tus argumentos para defender el planeta están en peligro de extinción?



La colección Oxford Joven recoge, con un lenguaje directo y cientos de fotografías, los temas de interés para quienes quieren saber más.

COLECCIÓN OXFORD JOVEN

edebé



dual ni por arte de magia. Todo el texto que llevamos criticando rezuma la idea implícita de que el adolescente posee algo así como una sabiduría pre-cognitiva que los adultos, salvo aquellos que, como el señor Moreno, han conservado la inocencia de Peter Pan, nos empeñamos en ignorar. Esto es, nuevamente, falaz. El concepto de «sabiduría» tiene mucho de místico. Preferimos hablar de conocimiento, y el conocimiento no se adquiere de buenas a primeras, sino a través de un proceso de emisión de quien ya lo posee hacia un receptor que espera apropiárselo, de manera más o menos violenta, más o menos crítica. En definitiva, a leer —como a conducir, a cocinar o a extirpar órganos dañados— en el sentido de descubrir lo que los libros esconden, se aprende y alguien lo enseña. Cuestión diferente es la manera en que este proceso de enseñanza se lleve a cabo. Precisamente, el problema del fin de siglo que nos ha tocado vivir radica, a nuestro juicio, en la emisión de conocimientos (no sólo en el ámbito de la lectura, sino en todos los segmentos culturales) carentes de valor crítico y en la recepción pasiva de tales ineficaces conocimientos. La solución no pasaría por abandonar al adolescente a la suerte de sus todavía muy imperfectos conocimientos, sino en la transmisión de conocimientos susceptibles de generar la crítica, aun la crítica de sí mismos. Esta es, creemos, la verdadera responsabilidad del adulto.

De aquí nuestro siguiente desacuerdo con el señor Moreno. Es evidente que todo el mundo piensa. Pero pensará, por decirlo de una manera sencilla, mejor o,

lo que es igual, con mayor capacidad crítica, quien se encuentre en disposición de utilizar mayores recursos culturales. En nuestra sociedad, estos recursos culturales se acumulan prioritariamente, aunque ya no exclusivamente, en los libros. De manera que, en efecto, la lectura no enseña a pensar, pero proporciona instrumentos para pensar de modo más eficaz.

La lectura es una vía de resistencia fuerte

Ya lo adelantamos en párrafos anteriores: la lectura es un acto de violencia y la decisión de leer no resulta fácil. Pero los motivos que el autor utiliza para justificar las dificultades de la lectura nos parecen una frivolidad del asunto. A nuestro modo de ver, la lectura implica un esfuerzo porque el lenguaje escrito es, en filigrana, un lenguaje simbólico que necesita, por tanto, un proceso de decodificación, es decir, presenta una resistencia que debe vencerse. A lo cual se suma el hecho de que los productos culturales tardomodernos son, ante todo, icónicos y, en consecuencia, menos resistentes. Esto no significa, por supuesto, que un icono carezca de valor simbólico. Aun a riesgo de parecer pesados, insistiremos una vez más: nuestra cultura muestra una inquietante tendencia a neutralizar cualquier valor crítico de sus productos. Esto incluye una progresiva desimbolización del lenguaje icónico: los programas de televisión se quedan en explosiones de color, los video-clips sólo son imágenes bonitas, la

publicidad es un fuego de artificio de veinte segundos de duración... Los lenguajes simbólicos —la escritura, la música— también han sido afectados por este proceso de desimbolización. Con todo, no pueden renunciar a su carácter constitutivo. Así, el receptor opta naturalmente por la vía de menor resistencia, el lenguaje icónico destituido, y rechaza la vía que implica esfuerzo, salvo que una decisión consciente le conduzca a ella.

Estamos, por tanto, de acuerdo, con Moreno: en tales condiciones, un libro mediocre es mejor que ningún libro en absoluto. Pero de ninguna manera debe considerarse la mediocridad como punto final: creer que vivimos en el mejor de los mundos posibles sólo puede conducir a legitimar nuestros actuales errores como verdades o, en el mejor de los casos, como errores inevitables. Y, si nos instalamos en el positivismo ingenuo, ¿a qué diablos continuar la discusión, la crítica, la propuesta de alternativas?

Responsabilidades

En este lugar y en otros hemos reiterado cuál es, a nuestro juicio, el problema: la promoción de una cultura, o de unos productos culturales, carentes de valor crítico y, por tanto, cómoda y pasivamente recibidos por el adolescente. Es función de los adultos modificar este estado de cosas. Naturalmente, no es trabajo de un día, ni siempre se tendrá éxito. Después de todo, ya dijimos que la lectura no es una ciencia exacta. De qué manera se haga es cuestión por decidir. No parece que comportarse como niños resulte eficaz: somos adultos, perros viejos, y ésto no se puede evitar. Tampoco diríamos que la pedante erudición pueda ganar la batalla. Repetiremos lo que ya explicamos en otra ocasión: el intelectual, a ras de tierra, quizá tenga algo que decir. Siempre, claro está, que se mantenga precisamente a ras de tierra y sepa reconocer que, con su objeto de trabajo, sólo cabe un procedimiento: el ensayo y el error. ■

* **Alejandro Delgado** es bibliotecario en la Biblioteca «Rafael Rubio» del Ayuntamiento de Cartagena y **Mariano Rosique Ros** es especialista en literatura juvenil.